

Antonio Buero Vallejo: *Historia de una escalera*

Selección de textos

Acto II

De cada uno de estos textos, tienes que desarrollar las tres primeras preguntas de la PEvAU, es decir: (elige UNO por semana, DOS de cada acto)

1. Identifique las ideas del texto, exponga de forma concisa su organización y, en su caso, indique razonadamente su estructura (1,5 puntos)
2. Explique la intención comunicativa del autor (0,5 puntos) y comente dos mecanismos de cohesión distintos que refuercen la coherencia textual (1 punto).
3. Responde a la pregunta que aparece al final de cada texto. Elabore un discurso argumentativo, entre 200 y 250 palabras, en respuesta a la pregunta, eligiendo el tipo de estructura que considere adecuado (2 puntos)

Texto 10

Trini.— (*A su padre, que se recuesta en la barandilla, pensativo.*) ¿No entra, padre?

Señor Juan.— No, hija. ¿Para qué? Ya he visto arrancar muchos coches fúnebres en esta vida. (*Pausa.*) ¿Te acuerdas del de doña Asunción? Fue un entierro de primera, con caja de terciopelo...

Trini.— Dicen que lo pagó don Manuel.

Señor Juan.— Es muy posible. Aunque el entierro de don Manuel fue menos lujoso.

Trini.— Es que ése lo pagaron los hijos.

Señor Juan.— Claro. (*Pausa.*) Y ahora, Gregorio. No sé cómo ha podido durar estos diez años. Desde la jubilación no levantó cabeza. (*Pausa.*) ¡A todos nos llegará la hora!

Trini.— (*Juntándosele.*) ¡Padre, no diga eso!

Señor Juan.— ¡Si es la verdad, hija! Y quizá muy pronto.

Trini.— No piense en esas cosas. Usted está muy bien todavía...

Señor Juan.— No lo creas. Eso es por fuera. Por dentro... me duelen muchas cosas. (*Se acerca, como al descuido, a la puerta IV. Mira a Trini. Señala tímidamente a la puerta.*) Esto. Esto me matará.

Trini.— (*Acercándose.*) No, padre. Rosita es buena...

Señor Juan.— (*Separándose de nuevo y con triste sonrisa.*) ¡Buena! (*Se asoma a su casa. Suspira. Pasa junto al II y escucha un momento.*) Estos no han chistado.

Trini.— No.

(*El padre se detiene después ante la puerta I. Apoya las manos en el marco y mira al interior vacío.*)

Señor Juan.— ¡Ya no jugaremos más a las cartas, viejo amigo!

Trini.— (*Que se le aproxima, entristecida, y tira de él.*) Vamos adentro, padre.

Señor Juan.— Se quedan con el día y la noche... Con el día y la noche. (*Mirando al I.*) Con un hijo que es un bandido...

Trini.— Padre, deje eso.

(*Pausa.*)

Señor Juan.— Ya nos llegará a todos.

(*Ella mueve la cabeza, desaprobando. Generosa, rendida, sale del III, llevando a los lados a Paca y a Carmina.*)

PREGUNTA: ¿Crees los ancianos en sus últimos años son, en general, tratados con justicia por la sociedad española, por sus hijos y por sus nietos?

Texto 11

(Se abre el II cautelosamente y aparece **Fernando**. Los años han dado a su aspecto un tinte vulgar. Espía el descansillo y sale después, diciendo hacia adentro.)

Fernando.— Puedes salir. No hay nadie.

(Entonces sale **Elvira**, con un niño de pecho en los brazos. **Fernando** y **Elvira** visten con modestia. Ella se mantiene hermosa, pero su cara no guarda nada de la antigua vivacidad.)

Elvira.— ¿En qué quedamos? Esto es vergonzoso. ¿Les damos o no les damos el pésame?

Fernando.— Ahora no. En la calle lo decidiremos.

Elvira.— ¡Lo decidiremos! Tendré que decidir yo, como siempre. Cuando tú te pones a decidir nunca hacemos nada. (**Fernando** calla, con la expresión hosca. Inician la bajada.) ¡Decidir! ¿Cuándo vas a decidirte a ganar más dinero? Ya ves que así no podemos vivir. (Pausa.) ¡Claro, el señor contaba con el suegro! Pues el suegro se acabó, hijo. Y no se te acaba la mujer no sé por qué.

Fernando.— ¡Elvira!

Elvira.— ¡Sí, enfádate porque te dicen las verdades! Eso sabrás hacer: enfadarte y nada más. Tú ibas a ser aparejador, ingeniero, y hasta diputado. ¡Je! Ese era el cuento que colocabas a todas. ¡Tonta de mí, que también te hice caso! Si hubiera sabido lo que me llevaba... Si hubiera sabido que no eras más que un niño mimado... La idiota de tu madre no supo hacer otra cosa que eso: mimarte.

Fernando.— (Deteniéndose.) ¡Elvira, no te consiento que hables así de mi madre! ¿Me entiendes?

Elvira.— (Con ira.) ¡Tú me has enseñado! ¡Tú eras el que hablaba mal de ella!

Fernando.— (Entre dientes.) Siempre has sido una niña caprichosa y sin educación.

Elvira.— ¿Caprichosa? ¡Sólo tuve un capricho! ¡Uno sólo! Y...

PREGUNTA: ¿Crees que un matrimonio frustrado, como el de Fernando y Elvira, puede llegar a una convivencia aceptable por el bien de los hijos, o es mejor poner fin civilizadamente a esa relación?

Texto 12

([...] **Pepe**, que sube. El aspecto de **Pepe** denota que lucha victoriosamente contra los años para mantener su prestancia.)

Pepe.— (Al pasar.) Buenos días.

Fernando.— Buenos días.

Elvira.— Buenos días.

(Bajan. **Pepe** mira hacia el hueco de la escalera con placer. Después sube monologando.)

Pepe.— Se conserva, se conserva la mocita.

(Se dirige al IV, pero luego mira al I, su antigua casa, y se acerca. Tras un segundo de vacilación ante la puerta, vuelve decididamente al IV y llama. Le abre **Rosa**, que ha adelgazado y empalidecido.)

Rosa.— (Con acritud.) ¿A qué vienes?

Pepe.— A comer, princesa.

Rosa.— A comer, ¿eh? Toda la noche emborrachándote con mujeres y a la hora de comer, a casita, a ver lo que la Rosa ha podido apañar por ahí.

Pepe.— No te enfades, gatita.

Rosa.— ¡Sinvergüenza! ¡Perdido! ¿Y el dinero? ¿Y el dinero para comer? ¿Tú te crees que se puede poner el puchero sin tener cuartos?

Pepe.— Mira, niña, ya me estás cansando. Ya te he dicho que la obligación de traer dinero a casa es tan tuya como mía.

Rosa.— ¿Y te atreves...?

Pepe.— Déjate de romanticismos. Si me vienes con pegos y con líos, me marcharé. Ya lo sabes. (*Ella se echa a llorar y le cierra la puerta. Él se queda divertidamente perplejo frente a ésta.*)

PREGUNTA: ¿Crees que tiene alguna justificación la actitud y el trato de Pepe hacia las mujeres?

Texto 13

Trini sale del III con un capacho. Pepe se vuelve.) Hola, Trini.

Trini.— (*Sin dejar de andar.*) Hola.

Pepe.— Estás cada día más guapa... Mejoras con los años, como el vino.

Trini.— (*Volviéndose de pronto.*) Si te has creído que soy tonta como Rosa, te equivocas.

Pepe.— No te pongas así, pichón.

Trini.— ¿No te da vergüenza haber estado haciendo el golfo mientras tu padre se moría? ¿No te has dado cuenta de que tu madre y tu hermana están ahí (*Señalando*), llorando todavía porque hoy le dan tierra? Y ahora, ¿qué van a hacer? Matarse a coser, ¿verdad? (*Él se encoge de hombros.*) A ti no te importa nada. ¡Puah! Me das asco.

Pepe.— Siempre estáis pensando en el dinero. ¡Las mujeres no sabéis más que pedir dinero!

Trini.— Y tú no sabes más que sacárselo a las mujeres. ¡Porque eres un chulo despreciable!

Pepe.— (*Sonriendo.*) Bueno, pichón, no te enfades. ¡Cómo te pones por un piropo!

(**Urbano**, que viene con su ropita de paseo, se ha parado al escuchar las últimas palabras y sube rabioso mientras va diciendo.)

Urbano.— ¡Ese piropo y otros muchos te los vas a tragar ahora mismo! (*Llega a él y le agarra por las solapas, zarandeándole.*) ¡No quiero verte molestar a Trini! ¿Me oyes?

Pepe.— Urbano, que no es para tanto...

Urbano.— ¡Canalla! ¿Qué quieres? ¿Perderla a ella también? ¡Granuja! (*Le inclina sobre la barandilla.*) ¡Qué no has valido ni para venir a presidir el duelo de tu padre! ¡Un día te tiro! ¡Te tiro!

(*Sale Rosa, desalada, del IV para interponerse. Intenta separarlos y golpea a Urbano para que suelte.*)

Rosa.— ¡Déjale! ¡Tú no tienes que pegarle!

Trini.— (*Con mansedumbre.*) Urbano tiene razón... Que no se meta conmigo.

Rosa.— ¡Cállate tú, mosquita muerta!

Trini.— (*Dolida.*) ¡Rosa!

Rosa.— (*A Urbano.*) ¡Déjale, te digo!

Urbano.— (*Sin soltar a Pepe.*) ¡Todavía le defiendes, imbécil!

Pepe.— ¡Sin insultar!

Urbano.— (*Sin hacerle caso.*) Venir a perderte por un guiñapo como éste... Por un golfo... Un cobarde.

Pepe.— Urbano, esas palabras...

Urbano.— ¡Cállate!

PREGUNTA: ¿La costumbre social del piropo a las mujeres es un detalle simpático o una conducta machista?

Texto 14

Urbano.— (*Parándose.*) Carmina...

Carmina.— ¿Qué?

Urbano.— ¿Puedo preguntarte... qué vais a hacer ahora?

Carmina.— No lo sé... Coseremos.

Urbano.— ¿Podréis salir adelante?

Carmina.— No lo sé.

Urbano.— La pensión de tu padre no era mucho, pero sin ella...

Carmina.— Calla, por favor.

Urbano.— Dispensa... He hecho mal en recordártelo.

Carmina.— No es eso. (*Intenta seguir.*)

Urbano.— (*Interponiéndose.*) Carmina, yo...

Carmina.— (*Atajándole rápida.*) Tú eres muy bueno. Muy bueno. Has hecho todo lo posible por nosotras. Te lo agradezco mucho.

Urbano.— Eso no es nada. Aún quisiera hacer mucho más.

Carmina.— Ya habéis hecho bastante. Gracias de todos modos. (*Se dispone a seguir.*)

Urbano.— ¡Espera, por favor! (*Llevándola al «casinillo.»*) Carmina, yo..., yo te quiero. (*Ella sonríe tristemente.*) Te quiero hace muchos años, tú lo sabes. Perdona que te lo diga hoy: soy un bruto. Es que no quisiera verte pasar privaciones ni un solo día. Ni a ti ni a tu madre. Me harías muy feliz si..., si me dijeras... que puedo esperar. (*Pausa. Ella baja la vista.*) Ya sé que no me quieres. No me extraña, porque yo no valgo nada. Soy muy poco para ti. Pero yo procuraría hacerte dichosa. (*Pausa.*) No me contestas...

Carmina.— Yo... había pensado permanecer soltera.

Urbano.— (*Inclinando la cabeza.*) Quizá continúas queriendo a algún otro...

Carmina.— (*Con disgusto.*) ¡No, no!

Urbano.— Entonces, es que... te desagrada mi persona.

Carmina.— ¡Oh, no!

Urbano.— Ya sé que no soy más que un obrero. No tengo cultura ni puedo aspirar a ser nada importante... Así es mejor. Así no tendré que sufrir ninguna decepción, como otros sufren.

Carmina.— Urbano, te pido que...

Urbano.— Más vale ser un triste obrero que un señorito inútil... Pero si tú me aceptas yo subiré. ¡Subiré, sí! ¡Porque cuando te tenga a mi lado me sentiré lleno de energías para trabajar! ¡Para trabajar por ti! Y me perfeccionaré en la mecánica y ganaré más. (*Ella asiente tristemente, en silencio, traspasada por el recuerdo de un momento semejante.*) Viviríamos juntos: tu madre, tú y yo. Le daríamos a la vieja un poco de alegría en los años que le quedasen de vida. Y tú me harías feliz. (*Pausa.*) Acéptame, te lo suplico.

Carmina.— ¡Eres muy bueno!

Urbano.— Carmina, te lo ruego. Consiente en ser mi novia. Déjame ayudarte con ese título.

Carmina.— (*Llora refugiándose en sus brazos.*) ¡Gracias, gracias!

Urbano.— (*Enajenado.*) Entonces... ¿Sí? (*Ella asiente.*) ¡Gracias yo a ti! ¡No te merezco!

(*Quedan un momento abrazados. Se separan con las manos cogidas. Ella le sonríe entre lágrimas*)

PREGUNTA: ¿Crees que, en las circunstancias y con los sentimientos de ambos, un matrimonio como el de Urbano y Carmina puede llegar a ser un matrimonio feliz?